

DOROTHY CAMERON DISNEY



ELEGÍA POR
ARABELLA

«Elegía por Arabella» es una novela policial... y bastante más. Escrita con maestría, es un estudio profundo y audaz de los efectos morales que el crimen produce en un grupo de personas de vida corriente, tranquila, decente.

Miss Mitchell vivía guiada por el sentido común y los dictados de su conciencia. A partir del instante en que la casa de sus vecinos voló hecha pedazos ante sus propios ojos, toda su vida cambió, y los valores que orientaban su conducta fueron sometidos a dura prueba.

Harbison Greer, plácido y modesto abogado; Lucy, su bondadosa mujer; Till, hija de ambos, jovencita estudiante hermosa, tonta y egoísta; Ted, el hijo, inquieto y abrumado de problemas; Dorrit, la bella novia de este último: todos ellos apenas pueden reconocerse en el espejo de la autocrítica.

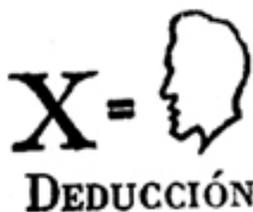
El crimen impone a Till el primer acto altruista de su vida. El crimen enseña a la amable Lucy a odiar, 1e demuestra que el amor no es la solución para todas las cosas. El crimen obliga a Ted a dudar de su devoción por Dorrit, a examinar la desapacible y apasionada relación que unía a dos seres enlazados por el cariño desde los días escolares.

Como escenario: no el Washington de las decisiones mundiales, de las crónicas periodísticas, de las recepciones en la Casa Blanca y en las embajadas; sino el Washington de las calles arboladas, de los modestos jubilados de la administración pública, de los hogares sencillos, de los veranos tórridos.

Tras un breve comienzo apacible, el relato va cobrando fuerza dramática hasta llegar a un emocionante final, combinando el enigma de una intriga detectivesca con una convincente caracterización y cálida y humana comprensión.

EL LECTOR TIENE DERE

*en el momento de adquirir un volu
a qué género pertenece y quién p
vención. A tal fin, en el dorso de
rarán dos de los símbolos*



ESPIONAJE



ACCIÓN

Pueden leerlo:

Este libro se terminó de
imprimir el día 31 de agosto
de 1949, en los Talleres
Gráficos Didot, S. L. R.,
Rondeau, 3068, Buenos
Aires.

1

La explosión ocurrió en Washington, a las 14 y 6 minutos de una ardiente tarde veraniega. Miss Elizabeth Mitchell se había levantado a las 6, en parte porque hacía demasiado calor para dormir, y en parte porque deseaba usar el baño antes de que lo ocuparan las muchachas.

A miss Mitchell le gustaba su casa en la soledad matinal. A decir verdad, profesaba a su casa un profundo cariño. Había pasado su juventud pagándola, y nunca consideró como transcurrida en vano ni una sola hora de los treinta años que trabajó en su empleo oficial para hacer posible la adquisición.

La casa, un edificio de material de dos pisos, no era de aquellas —semilleros de discordias— unidas por medianeras comunes a las casas vecinas. Tenía al frente un pequeño espacio cubierto de césped que se continuaba a cada lado por dos estrechas franjas. En la parte posterior, había un minúsculo patiecito con plantas hábilmente distribuidas; lo respaldaba un garaje cubierto de hiedra, alquilado por miss Mitchell a una joven pareja, alegre y despreocupada, que no poseía otra cosa más que su coche. Verdadera casa urbana, como la llamaba miss Mitchell mentalmente, la morada se hallaba en una agradable calle residencial que desembocaba en la avenida Connecticut, a la vista del Rock Creek Park y no lejos de los hoteles Shoreham y Wardman Park.

En aquella manzana del Woodland Road estaban prohibidos los pensionistas por una ley municipal. Miss Mitchell tenía dos. Su sobrina Dorritt Mitchell había llegado de Iowa varios años atrás para iniciar su carrera como empleada na-

cional, como había hecho su tía una generación antes, y ocupó el segundo dormitorio. Dado su parentesco, Dorritt no podría ser considerada como inquilina. Igualmente Jessie Wayne, comprimida en el tercer dormitorio, el más pequeño, representaba para miss Mitchell un caso que tenía su defensa; había acompañado a Dorritt desde Iowa y era su amiga más querida.

El factor decisivo, sin embargo, era de índole financiera. Sin las muchachas, miss Mitchell no habría podido mantener la casa; su modesta pensión no hubiera sido suficiente para cubrir impuestos, conservación, reparaciones. De haber podido arreglarse sin ellas, lo más probable es que lo hubiese hecho. Elizabeth Mitchell no sufría congojas de soledad; prefería mantener con la juventud tratos moderados y a distancia.

Dejando correr el agua lentamente, para no perturbar el sueño de las durmientes, tomó un prolongado baño frío. Después de pensarlo un poco, y sabiendo que a Jessie no le importaría, echó un puñadito de sus sales de baño. Claveles: aromática fragancia. Dorritt —ya lo decía el nombre de alto vuelo elegido por la tonta de su madre— prefería perfumes más exóticos. Incorporada sobre los codos, y estirada en el agua refrescante y olorosa, la tía de Dorritt miraba con indulgente asombro la etiqueta adherida al frasco de perfume de su sobrina. *Pecaditos*, ¡hágame usted el favor! ¿Qué son pecaditos?

Pulcramente vestida con su traje de la mañana, que cambiaría luego por el de la tarde, miss Mitchell descendió los escalones que llevaban a la cocina. Hacía demasiado calor para tomar huevos. Preparó zumo de naranja, avena seca, tostadas y su habitual cafetera de buen tamaño. Bebió cuatro tazas, sorbiéndolo lentamente, mientras contemplaba, en la silenciosa esplendidez de su comedor, el dominio del que era reina.

Dorritt y su novio habían vuelto del cine cuando ya la dueña de casa estaba acostada. Miss Mitchell comenzó su

inspección por la sala, visible a través de una arcada. Pensó que tal vez Ted hubiese acompañado a Dorritt hasta la puerta, retirándose en seguida para permitirle que durmiera un poco. Claramente se veía que no se había detenido en la puerta. El muchacho debió haberse quedado varias horas. Todos los ceniceros de la sala estaban rebosantes. Algunos cigarrillos a medio consumir habían sido lanzados dentro de la chimenea, a pesar de la mampara de papel plegado que colocaba sobre el hogar para frustrar esa desordenada costumbre.

Miss Mitchell suspiró, en parte por sí misma, pero sobre todo por Ted. Algunos de los muchachos no se acomodaban muy fácilmente a la monótona vida civil. Miss Mitchell advertía el desasosiego de Ted; sentía por él demasiado afecto para no reconocerlo. Pero no entendía qué podría haber detrás de su actual inquietud, porque no alcanzaba a comprender el valor de los recuerdos que Ted había traído del Pacífico almacenados en su mente. La situación era dura para Dorritt. También lo era para los padres de Ted.

Automáticamente sus ojos se volvieron hacia la casa de los Greer. Casi no tenía que cambiar de posición para ver la residencia vecina, tan próxima se hallaba a su propio patio. Podía verla mirando directamente por encima de su mesa y a través de la brillante y pulida ventana de su sala. La ventana de la derecha.

Como de costumbre, su examen comenzó por el techo. No era la primera vez que miss Mitchell formulaba el deseo de que Harbison Greer hiciera arreglar ese techo, o lo substrajera a su vista. La casa de los Greer, si estuviese bien conservada, podría ser quizá más impresionante que la suya; no podía negarse que era más grande. Por desgracia para miss Mitchell, tenía un techo en punta cubierto de tejas. Cinco años atrás, durante una extraordinaria granizada, habían saltado once tejas que nunca fueron repuestas.

Para la vecina más cercana de los Greer, ese techo desvestido, semejante vagamente a un tejido con puntos ro-

tos, era una ofensa permanente. A veces soñaba con esas tejas que faltaban.

Trataba de ser compasiva. Harbison Greer —a quien su amante esposa se refería invariablemente llamándolo Harby— no era más que un modesto abogado especializado en impuestos y administración de propiedades. Costeaba los estudios de su atolondrada hija y tenía ahora entre sus fatigadas manos el problema de Ted. Para más, Lucy Greer, con todas sus medidas económicas, era una administradora increíblemente mala. Justamente cinco años atrás, se dijo austeramente miss Mitchell, fue cuando Harbison Greer sufrió ese aplastante golpe en sus negocios, al perder su cliente más importante.

Así y todo, el costo de once tejas puede, sin duda, afrontarlo cualquiera. Los Greer tenían un perro. Con sólo el alimento del perro...

Miss Mitchell apartó sus ojos del techo. Los esposos Greer dormían en el otro lado de la casa, lo cual hacía siempre difícil juzgar si se habían levantado. Ted se había arreglado un estudio —dormitorio en el subsuelo, que no tenía ventanas—. Till, de diecinueve años de edad, según miss Mitchell sabía a ciencia cierta, jamás había corrido una cortina en su vida. Sus ropas, algunas de ellas al menos, estaban amontonadas sobre su cómoda. Otras prendas debían estar, sin duda, tiradas por el suelo, fuera del alcance de su vista. Un vestido que parecía nuevo, un vestido de noche, a juzgar por su longitud, se balanceaba airosamente colgado del artefacto eléctrico que pendía del techo.

¡Qué extraordinario lugar para colgar una percha! El perro, de manchas negras y blancas, dormía en la cama de Till, sobre los pies.

La mirada de miss Mitchell saltó a la otra ventana y a su propio patio posterior. Una o dos veces, Mickey ocasionó pequeños trastornos, al deslizarse a través de la cerca y escarbar la tierra para desenterrar objetos. No hubo mayores inconvenientes después que hizo reparar la cerca a su pro-

pio costo, y de que se lo dijera a Lucy Greer en tono amable e indiferente; pero mis Mitchell conservaba el recuerdo en el fondo de su memoria.

La estrecha banda de fucsias y narcisos que bordeaba las baldosas —había demasiada sombra para que pudiera crecer hierba o flores que necesitan sol— estaba en perfecto orden. No así la superficie embaldosada, la que, para estupefacción de los vecinos, barría dos veces por semana con escoba y pala. Alguien, al pasar por la calleja, había arrojado un pedazo de papel grasiento; o quizá la sucia hoja habría sido traída por el viento desde algún tacho de basuras próximo. Pero de eso se ocuparía más tarde.

Miss Mitchell giró la vista otra vez, para contemplar el vestido nuevo de Till. Justamente cuando levantaba los ojos, algo —una sombra— atravesó su campo visual. Uno de los Greer había entrado en el patio, saliendo de la cocina.

Las dos casas, construidas por el año 1920, en los estridentes días de la otra postguerra en que se edificaba a troche y moche, ocupaban un lote de terreno en forma de cuña, en el que pocos arquitectos hubieran logrado levantar, o hubieran intentado hacerlo, dos residencias separadas con dos garajes. Una junto a la otra, estaban en un ángulo tal que miss Mitchell podía ver mejor el interior de la casa vecina que el exterior.

El garaje de los Greer obstruía la visión de su patio. Cuando alguien salía por la puerta trasera de los Greer estando miss Mitchell en su comedor, todo lo que podía ver era una sombra fugaz. A esa hora, las siete, no podía ser más que Lucy Greer. Últimamente Harbison Greer había estado yendo a su oficina más temprano que de costumbre; Lucy no lo hubiera dejado ir en ayunas.

La única forma de saberlo con seguridad era mirando por la incómoda ventana de su cocina. Elizabeth Mitchell no se hubiera rebajado nunca hasta el extremo de espiar a

sus vecinos. Pero en ese preciso momento advirtió que su café se había enfriado desagradablemente.

Pasó a la cocina y colocó la cafetera sobre la hornalla. La ventana estaba justo al lado; cualquiera podía mirar afuera.

No era Lucy, después de todo. Era Harbison Greer. No, no era él. Era Ted.

Sobresaltada, miss Mitchell se dio cuenta de que había confundido al hijo por el padre. Vistos de atrás, a la claridad de la madrugada, los hombros jóvenes de Ted tenían la misma curva de desaliento, su negra cabeza la misma inclinación abatida. A los veinticuatro años, Ted parecía casi viejo. Con paso vacilante, atravesó lentamente el patio, en dirección a la callejuela. Parecía tan desdichado, que la observadora sintió impulsos de correr a su encuentro para consolarlo.

¿Qué diablos pudo haber sacado al muchacho de la cama a semejante hora? Ted no entraba a su nuevo empleo hasta las nueve, y si por él fuera, se quedaría en la cama hasta mediodía. Al parecer, en sus largas horas de sueño, concluían sus amargas y fracasos, de manera que, aislado en su cama, podía apartarse del mundo civil, indiferente y egoísta, del que seguía quejándose violentamente.

De repente miss Mitchell advirtió que Ted no iba en procura de un paseo matutino que lo animara, paseo que ella le recetaría para su malestar. No iría más allá de la calleja; llevaba algo para tirar en el tacho de basuras de los Greer. Un paquete grande, descuidadamente envuelto en papel de diario.

Ted desapareció momentáneamente de su vista en la calleja; con prisa casi sospechosa, echó a correr de regreso a través del patio y se esfumó, esta vez definitivamente, dentro de su refugio privado del subsuelo. Como diría el mismo Ted Greer, volvía a descabezar otro sueño.

La conciencia de miss Mitchell la constriñó a dejar pasar cinco minutos largos. Eran las siete y veinte cuando consi-

deró oportuno disponer de sus propios desperdicios. Recortó las cáscaras de la naranja que usara, separó las partes buenas y las puso a secar sobre el antepecho de la ventana para poder emplearlas luego almibaradas. Siempre llenaba un tarro bastante grande para la torta de frutas de Navidad.

La borra del café, utilizado con su habitual despreocupación, fue a reunirse con los residuos de la naranja en la bolsa de papel. Ni aun durante la época de escasez provocada por la guerra, escasez que la enloquecía, miss Mitchell hubiera podido tolerar una taza de café que no fuera fresco y cargado. Era quizá su única extravagancia.

La borra del café abultó la saca de papel, pero no lo suficiente. Se vio obligada a admitir que su remesa era más bien chata y pequeña, y difícilmente justificaba un viaje hasta la calleja. Abrió la heladera; vio de una ojeada que Ted y Dorritt no habían tocado siquiera el queso la noche anterior. Había confiado en que consumirían casi toda la libra. Jessie había comprado otro tarro colectivo de jalea, esta vez de frutillas. Y entonces, miss Mitchell advirtió la caja de *wintergreens* de chocolate, que Ted había colocado sobre los bordes de la huevera para darle una sorpresa. ¡Qué propio de Ted! El muchacho debiera ahorrar su dinero. Miss Mitchell comió un *wintergreen* con fruición.

Dejó caer el receptáculo acanalado dentro de la bolsa de papel. Retiró la envoltura del queso, quitó pensativamente un pedazo de fibra del asado sobrante del último miércoles, y lo agregó todo al conjunto. Se precipitó a la sala, recogió los ceniceros y los vació, observando con satisfacción que no eran muchas las colillas manchadas con el lápiz labial de Dorritt. Usando los dedos como pinzas, sacó de la chimenea las colillas descorteses. Y entonces, de súbito —docenas de cigarrillos consumidos, la comida sin tocar—, no pudo reprimir un pensamiento que la asaltó, desagradable y vagamente perturbador. Ella y Jessie Wayne, arriba, durmiendo. Ted y Dorritt solos, aquí abajo. Miss Mitchell era escrupulosa en sus juicios y carecía de experien-

cia personal sobre la conducta de un hombre con una doncella. Sin embargo, confusamente sospechaba que Ted, que siempre cortejaba a su vecina de blancos cabellos como la primera de sus novias y su favorita, pertenecía a la clase de muchachos que su padre solía calificar de sanguíneos, y a quienes conviene casar cuanto antes. No era conveniente para las parejas mantener noviazgos demasiado largos.

Miss Mitchell contempló el fogón, decidiendo que podía dejar para luego el fregado de la piedra. Cortó una hoja seca de su planta de begonias y la puso en su bolsa.

Con eso ya bastaba. Llevando en la mano la saca de papel esmeradamente doblada, miss Mitchell salió en dirección de la callejuela.

2

Lo mismo que las casas, las latas de desperdicios de Greer y Mitchell se hallaban una junto a la otra, en la calleja, en sociable compañía, detrás de los garajes.

Pero, ¡qué diferencia! La lata de basuras de miss Mitchell se podría usar para lavar ropa. Además de envolver cada migaja de residuos, como un pequeño obsequio personal ofrendado al Departamento de Salud Pública, la lavaba con la manguera y la asoleaba dos veces por semana, cuando barría el patio embaldosado.

Los desperdicios de Lucy Greer eran un escándalo. El alto tacho gris que se codeaba con el de miss Mitchell estaba siempre lleno a reventar, y a menudo desparramando su contenido sobre el pavimento. Hacía tiempo ya que la maltratada tapa se había roto. Cuando la bondadosa y agitada Lucy recordaba las inclinaciones higiénicas de su vecina, ponía la estropeada lata sobre el tacho como un sombrero trasnochado, aplastándolo con una piedra o un ladrillo o cualquier cosa que tuviese a mano.

Ted no se había preocupado por la tapa, estaba tirada sobre el piso. La contribución personal de Ted a los desechos familiares se podía ver con toda claridad, desbordando de su envoltura de diarios.

Botellas. Y más botellas, todas de cerveza. Seis, para ser precisos.

La actitud sigilosa de Ted quedaba explicada. Se apresuró a sacar su paquete a temprana hora, para que su madre no lo supiese. Pobre Lucy; pobre Ted. Y pobre Dorritt. Podría decirse que la cerveza no es tan fuerte como el *whisky*. Pero sin duda seis botellas podrían dejar a cual-

quier joven en condiciones poco adecuadas como para afrontar a la mañana siguiente un trabajo en el que no tenía experiencia. ¡Seis botellas en una sola noche!

¿A qué hora se habría acostado Ted? No se había ido a su casa hasta altas horas de la noche. Debió haber sido casi de madrugada cuando, saturado de malta y alcohol —miss Mitchell, cuyo padre no había sido bebedor, no sabía cuál de los dos era peor— el muchacho cerrara los ojos, encontrando la paz del olvido en su escondrijo del subsuelo.

Hondamente conturbada, miss Mitchell no oyó el crujido de advertencia emitido por la verja sin aceitar de los Greer. Pegó un salto cuando Lucy Greer apareció en la esquina del garaje, llevando con paso bamboleante la pesada lata de basuras de la cocina, que también tenía la tapa rota. Lucy dio un salto a su vez.

Madre de dos hijos grandes, Lucy Greer tenía algo de juvenil en su aspecto. A veces, de noche, vestida con alguno de los elegantes trajes desechados por su hermanastra y laboriosamente adaptados por ella a su medida, con su figura de talle 12, Lucy podría aparentar treinta años de edad. A la despiadada luz del día, se podían ver las arrugas marcadas por la preocupación en su delicado rostro, la triste expresión de su boca, las hebras grises de su cabello rubio.

Lucy había tenido la inocente esperanza de poder limpiar la cocina, dejándola un poco más aseada, antes de que Harby bajara a desayunar. Había planeado dejar el tacho de basuras de la cocina, descaradamente, en la calleja, junto al recipiente exterior, confiando en que los recolectores de residuos serían bastante amables como para vaciar los dos. Ahora ya no le sería posible; sabía que miss Mitchell no aprobaba esas improvisaciones domésticas. Lucy sentía por su vecina un afecto mezclado con un saludable respeto, por no decir con un cierto temor.

—Buenos días, miss Elizabeth —comenzó, visiblemente nerviosa—. Parece que hoy tendremos otro día abrasador,

¿verdad? Resolví comenzar temprano mi labor, vaciando los residuos.

Creyó que había dejado ese punto más o menos aclarado. Se volvió, un tanto descorazonada, para vaciar el tacho dentro del recipiente mayor, cuando se detuvo, confundida. Miss Elizabeth, moviéndose con celeridad, había hecho algo extraño. Se plantó frente a Lucy; con los brazos cruzados, su alta y delgada figura bloqueaba completamente el envase de los Greer, dentro del cual su vecina se disponía a amontonar en alguna forma el contenido del tacho que traía.

Miss Elizabeth, tomando rápidamente una decisión, había resuelto que Lucy no debía comenzar el día inspeccionando aquellas elocuentes botellas. Se aclaró la garganta ominosamente.

—Use mi tacho —invitó con voz estentórea—. El suyo está lleno.

La confusión de Lucy Greer aumentó. Cierta mañana, inolvidable, Till, tratando de ayudar a su madre, había sacado los restos de una laboriosa cena que ofrecieran la noche anterior y los depositó por error en el recipiente vecino. Todavía sonaban en los oídos de la madre de Till, los casuales y amables comentarios que hizo oír en aquella ocasión miss Mitchell.

—Es que mis residuos están un tanto revueltos —admitió Lucy, nerviosa, y dejando el tacho sobre el piso de la calleja, se recostó contra la pared del garaje, de golpe y aunque recién comenzaba el día, se sintió terriblemente cansada. La inesperada generosidad de miss Mitchell le daba ganas de llorar. Colocada sobre la cerca de su vecina, vio la prolija bolsa de papel de miss Elizabeth. En otra ocasión se hubiera reído interiormente; pero no en ésta. Últimamente había estado durmiendo muy mal. Añadió—: Me olvidé de envolver las cosas. Usted sabe que no soy muy buena ama de casa.